

EPÍLOGO

Fausto ha muerto, el pacto se ha cumplido, la apuesta parece ganada. Mefistófeles junto al cadáver llama en su ayuda á las negras legiones. El alma todavía unida al cuerpo va á desprenderse de él como un fruto maduro. Pero esta alma poderosa ha resistido hasta el último momento. El sonido de la campana mística había llegado hasta su oído. Un pensamiento divino lo había llenado y embriagado en el instante supremo. Los ángeles llegan también cerca del cuerpo, al mismo tiempo que los demonios. Las infernales cohortes se retiran sin resistencia. El Hosanna basta para ponerlas en desorden. Mefistófeles, siempre sombrío y burlón, se dirige con arrogancia al centro de los ejércitos celestiales. Allí quiere hacer valer sus derechos, discute, arguye como un doctor sobre la letra del tratado. Los ángeles le responden con cánticos, y desarrollan delante de él todo el esplendor de sus falanges. Una lluvia de rosas cae sobre el suelo. El éter resuena melodiosamente. El mismo diablo se siente seducido por este espectáculo. La duda de su propia negación lo sobrecoje.

Arrastrado tanto tiempo por el alma sublime de Fausto, á través de las esferas infinitas, entre todas las bellezas de la creación, en el laberinto del mundo antiguo, que ignoraba, y cuyos fantasmas de sabios y de dioses han hablado con él, el diablo, hijo de los

tiempos nuevos, ha perdido mucha parte de su orgullo y de su odio : protesta siempre como antes lo hemos visto ; pero la verdad se infiltra, á pesar suyo, en su espíritu rebelde. Los cantos celestiales le parecen dulcísimos. El perfume de las rosas celestiales acaricia su olfato. Hasta la admirable belleza de los ángeles lo seduce y le inspira palabras de deseo y de amor. En medio de estos ángeles, de estas flores, de estas rondas de espíritus juguetones, el viejo diablo se parece al sátiro antiguo enlazado por niños. Esta doble imagen participa de la alianza del mundo antiguo y del mundo nuevo, intentada por el poeta. Se prevee que el diablo será perdonado algún día según el voto de santa Teresa. El ángel caído deja arrebatar el alma de Fausto, mientras sueña con el paraíso.

Despertado por los cánticos de triunfo de los ángeles, que se remontan al cielo con su presa, Mefistófeles se lamenta como el avaro que ha perdido su tesoro :

— ¿Qué hay ? ¿Qué se han hecho ? ¡ Conque me he dejado engañar por esta raza que me roba el fruto de mi trabajo ! Para eso andaban alrededor de la tumba. Un grande, un singular tesoro me han quitado. Esa grande alma que se me había entregado me la han llevado por medio de la astucia. ¿ Á quién quejarme ahora ? ¿ Quién juzgará el derecho que había adquirido yo ? Hete ahí engañado en tu vejez, y lo has merecido ; ¡ has perdido á tu gusto tus negocios ! ¡ Un deseo insensato, un capricho vulgar, un absurdo pensamiento de amor te ha extraviado á ti, el demonio !... Y cuando todo tu ingenio y toda tu experiencia habían sabido tan bien manejar esta necia empresa ; ¡ he ahí que por un momento de insigne locura, el desenlace te es fatal !

Arrebatada lejos de la tierra por los espíritus del cielo, el alma de Fausto atraviesa primero una región intermedia, en la cual oran santos anacoretas, á quienes el autor da los nombres místicos de *Pater extaticus*, *Pater profundus*, *Pater seraphicus*. En esta soledad celestial se purifican las almas, y dejan de paso las últimas manchas de su vestido terrestre. Otra esfera superior todavía, está habitada por los *hijos de medianoche* y los ángeles novicios que desde allí transmiten el alma á las santas mujeres, sobre las cuales reina la soberana del cielo, *Mater gloriosa*.

Las tres grandes penitentes, Magdalena, la Samaritana y María Egipciaca, cantan un himno á la Virgen Santísima, implorando en su favor. Margarita, después de ellas, intercede por el alma de Fausto, repitiendo algunas palabras de la misma oración que dirigía en la primera parte á la imagen de *Mater dolorosa*.

El cielo perdona: el alma de Fausto, regenerada, es acogida por los espíritus bienaventurados; y el autor parece dar por conclusión, que el verdadero genio, aún separado por mucho tiempo del pensamiento del cielo, vuelve siempre á él, como al fin inevitable de toda ciencia y de toda actividad.

En el cielo.

LAS TRES PENITENTES

MAGNA PECCATRIX (S. LUCE, VIII, 36), MULIER SAMARITANA (S. Joh., VI). MARIA ÆGYPTIACA (Acta Sanctorum).

CORO. Tú que nunca has negado á las grandes peccadoras el permiso de arrimarse á ti; tú que has hecho dubir á la eternidad la penitencia sentida en el fondo

del corazón, dignate acoger esta buen alma que no ha pecado más que una vez y que nunca había presentado su culpa; dignate perdonarle.

UNA PENITENTE, *Llamada antes Margarita*. ¡Deja caer tú sin igual, tú radiante, deja caer tu mirada de perdón sobre mi dicha! ¡El amante de mi juventud, libre de los dolores de la vida, vuelve á mi lado!

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS se acercan formando un círculo. Nos sobrepuja ya en la fuerza de su estatura. Re-compensará dignamente nuestras atenciones, nuestra fidelidad y nuestra solicitud; desde temprano fuimos separados de los coros alegres de los hombres; pero éste mucho ha aprendido y á nuestra vez de él aprenderemos.

LA PENITENTE, *llamada antes Margarita*. El recién llegado cree estar soñando al verse rodeado por el noble coro de los espíritus. Apenas ha previsto esta nueva vida y ya se parece á la santa falange. ¡Mira cómo se desprende de todo lazo terrestre! ¡Cómo arroja su antigua corteza y cómo brilla la fuerza de la primera juventud en su túnica etérea! Permíteme que lo guíe y lo instruya, pues la nueva luz lo deslumbraba todavía.

MATER GLORIOSA. ¡Ven, sube hasta las esferas superiores! ¡Tan luego como presienta tu presencia, te seguirá!

COROS CELESTES.